



Juan Gabriel Valencia

Ante el mes de la patria

Para la clase política mexicana de los últimos 30 años, PRI y PAN, nunca es tiempo de tomar determinadas decisiones. Echeverría las tomaba sobre las rodillas y con ese precedente funesto, López Portillo comenzó con el mal hábito —desde luego con excepciones— del después. El muy mexicano ahorita, al rato, mañana, el más elegante: no hay condiciones. De esa forma, López Portillo retrasó seis años el inicio de la apertura comercial. Ya desde la cerrazón del mercado interno, al menos quedaba la opción de invertir en bienes de capital e industria manufacturera, pero el precio del petróleo colapsó. Miguel de la Madrid fue de sobresalto en sobresalto; para el ahora ex presidente regañado, desmentido y autodesmentido bajo la presión aviesa y alevosa de Carlos Salinas y su grupo (incluido Francisco Rojas, próximo líder de la fracción priista) sólo hubo espacio, en palabras lopezportillistas, para lo urgente y no para lo importante.

Carlos Salinas de Gortari: un proyecto inobjetable, trunco por autocomplacencia, intrigas palaciegas, inoperancia política en momentos cruciales —la fallida transformación del PRI, por ejemplo—, y para la posteridad, la equivocación en la identificación del adversario: el EZLN, Manuel Camacho, Mario Aburto, algunos de sus familiares más cercanos y la relación directamente proporcional entre su autoestima —objetiva, por demás—, y su desesperación.

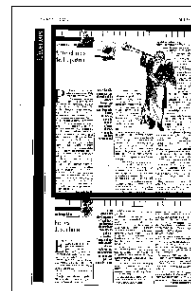
Entre el desinterés de Ernesto Zedillo por la política —política, un séquito priista

mentalmente más hecho al regicidio que a la grandeza del reino y un panismo encabezado, por cierto, por Felipe Calderón, más dispuesto al encubramiento de su partido, así se fueran el Estado mexicano y el país al carajo, llevaron a un nuevo diferimiento de todo lo que tenía que hacerse. Se puede documentar con declaraciones y con hechos.

En la alternancia, en el gobierno del cambio, en las plañideras del no nos falles, entre delincuentes como Korrodi, entre la apropiación delincencial del PRI por parte de Roberto Madrazo y su compañera de viaje magisterial, entre la intervención del ex presidente Salinas —fallida y torpe—, en la construcción de una reforma fiscal, la llegada de México al siglo XXI quedó para después. Mañana. Hay tiempo.

Parecen no darse cuenta. Corrijo. No se dan cuenta. ¿Cuál es la escala de valores y prioridades de la clase gobernante, cualesquiera que sean sus colores? Primero, su carrera personal y su futuro familiar (o familiares, si tienen varias familias); segundo, su futuro grupal, la Cosa Nuestra, como decía Roger Hansen hace casi 40 años del PRI y que hoy se aplica a todos; tercero, el futuro de su partido, léase votos; cuarto, no menor, el dinero; quinto, la relación con los medios; sexto, la impunidad discursiva, administrativa,

legislativa, judicial. Luego vienen otras muchas prioridades, la prosperidad y la viabilidad de la nación entre ellas.



Los últimos tres años se habrían necesitado reformas de fondo en materia fiscal, energética y laboral (eso que llaman la reforma del Estado es una preocupación personal con autodedicatoria del senador Beltrones); no se hizo ninguna porque el Presidente de la República cargaba con un falso déficit de legitimidad y porque sus preocupaciones eran las de autoperpetuar a un grupito de incondicionales. Las aristocracias y oligarquías consolidadas en la historia tenían un poco más de inteligencia y cuadros más inteligentes para hacer las cosas.

Ya han pasado 30 años y seguimos en espera. Una espera asfixiante porque hay un seg-

mento de población, minoritario según las encuestas, que quiere hacer las cosas, en lo individual, mujeres y hombres, que no quieren esperar a que la política les resuelva la vida, sino que les deje vivirla, y no los dejan; y una mayoría, conforme a las encuestas, que está a la espera que como parte de una colectividad, el Estado les resuelva la vida. Y en estas condiciones nadie está dispuesto a actuar porque en la cultura de la indefensión individual o del sometimiento colectivo no está la voluntad radical de cambio sino el hartazgo individual, para quienes están o estamos, diría yo, por encima de una idea nacional etérea e intangible, o la resignación a la decadencia nacional de un colectivo que se asume como México, como algo en camino de ninguna significación y de nada.

Diagnosticada la septicemia en un dedo de los pies, para no incurrir en costos y pérdidas parece que el paciente ha decidido aplicarse pomadas. Nada más que el organismo somos todos. ■■

juangabriel_valencia@yahoo.com.mx

**López Portillo
comenzó con
el mal hábito
—desde
luego con
excepciones—
del después.
El muy
mexicano
ahorita,
al rato,
mañana,
el más
elegante:
no hay
condiciones**

